

Wendy y el enemigo invisible

Andreu Martín



Algar Joven

Una denuncia por maltratos, un asesinato y... algo más

Un coche de policía recorre la noche de la ciudad.

Conduce la agente Wendy Aguilar, placa 20957, y a su lado va el agente Roger Dueso, placa 19637.

La ronda durará hasta las seis de la mañana.

Es domingo, 20 de diciembre, y, para romper el hielo, él inicia la conversación inevitable:

—¿Qué harás esta Navidad?

Lacónica:

—En casa, con mis padres.

—¿No tienes guardia?

Él sabe perfectamente que no tiene guardia. Ambos están acabando la semana del turno de noche y, por lo tanto, mañana empieza una semana libre. Es hablar por hablar. En realidad, lo que quiere preguntar Roger es «¿Por qué no celebramos la Navidad juntos?».

—No —se limita a decir ella.

Roger intuye que, si continúa insistiendo, Wendy le acabará soltando un bufido, y pasa a comentar como si nada que el sargento Grau habla de manera profusa, confusa y difusa y casi no se le entiende, y

que dicen que va de cráneo por las jovencitas. Roger mira a Wendy de reojo como si sospechara que el sargento la ha perseguido más de una vez y no se atreviese a preguntar.

–Lo que me sorprende del sargento Grau –dice Wendy como si nada, muy atenta a la conducción– es que no sea partidario de la rotación de patrullas.

A Roger, en cambio, le parece bien:

–Cree que, si una pareja se lleva bien, merece la pena aprovecharlo y no meterse en experimentos.

–En casi todos los otros distritos, cada turno se hace con un compañero diferente, y así aprendes trucos nuevos, descubres otros puntos de vista, varías un poco...

–¿Estás diciendo que no te gusta hacer los turnos conmigo? –replica Roger inquieto, un poco quejoso.

Wendy se da cuenta de que, si continúan por este camino, su compañero acabará montando un número, de manera que calla y frunce el ceño como si de pronto el tráfico absorbiera toda su atención y la distrajera de lo que estaba diciendo.

Hace tres o cuatro días que un frío extremo e inusual ha caído sobre la ciudad, después de un otoño anormalmente cálido, y el vehículo parece flotar en una oscuridad gélida y solitaria.

Empiezan por la que denominan *ruta de los okupas*, vigilando casas vacías o abandonadas, suscepti-

bles de ser invadidas por los alternativos, alrededores de la Clínica Teknon y hacia Balmes, avenida del Tibidabo y, bordeando la ronda de Dalt, entran en una zona despoblada y montañosa, en el límite de la ciudad, por donde una serie de casas unifamiliares, recién estrenadas, algunas de ellas todavía en construcción, se encaraman hacia el cerro de Bellesguard. Dejan el asfalto y, por un camino polvoriento, entre árboles y matorrales, llegan hasta una vieja mansión modernista en ruinas desde que se incendió, que se llamaba Can Jòlit y que, para entenderse, ellos han bautizado como la Casa del Más Allá. Wendy siempre teme que Roger aproveche el recorrido por esta zona aislada y solitaria para ponerse romántico, porque entonces resulta muy patético. Por suerte, enseguida toman una ancha curva en U y vuelven hacia el montón de edificios que componen la ciudad. Bordean uno de los impresionantes colegios de prestigio mundial, naturalmente privado y de estilo modernista, que caracterizan al barrio; pasan entre antiguas casas unifamiliares de dos o tres pisos donde centellean lucecitas que preparan el espíritu para la Navidad, y bajan hacia la falsa modestia del antiguo pueblo de Sarriá, que sabe vivir rico, sosegado y discreto. La ostentación de las grandes mansiones queda para otros rincones del distrito que, en todo caso, ya visitarán más adelante.

Aunque éste es el barrio alto, selecto, limpio y elegante, los patrulleros saben que no deben bajar la guardia. El último informe que leyó Wendy empezaba diciendo que la delincuencia, como cualquier negocio, busca el máximo de beneficio con el mínimo de riesgo y eso se consigue, sobre todo, en las zonas más privilegiadas de la ciudad. Se obtendrá un botín más sustancioso entrando en una vivienda de éstas que en un piso de clase media del Ensanche.

Como para recompensar su atención, a las 22:32, en la esquina de Escuelas Pías y Tres Torres, se les ofrece el primer incidente de la noche. Un Volvo S40 aparcado con dos ruedas sobre el paso de peatones. Roger sale al frío exterior para comprobar que el cristal de la ventanilla del conductor está pulverizado en millones de pedazos como diamantes que cubren los asientos delanteros del vehículo. La guantera está abierta y la documentación se ve desparramada de cualquier manera por todas partes, de lo que se puede deducir que lo han saqueado.

Notifican la incidencia por la emisora y piden los datos del propietario del Volvo. Resulta que vive allí mismo, y veinte minutos después baja muy asustado y se pone hecho una furia al ver lo que le ha ocurrido a su querido coche, y al constatar que le han robado el navegador GPS.

Se desahoga con los dos agentes. ¿Dónde estaba la policía mientras le robaban el coche y le birlaban el TomTom? ¿Tocándose las narices? ¿Para eso pagaba él sus impuestos? ¿Para que la policía mirase hacia otro lado mientras los delincuentes le destrozaban el automóvil? Con ansias de vengador implacable, toma nota de los números de placa que exhiben en el pecho y les promete que elevará una queja muy enérgica y que moverá todas sus influencias, que son muchísimas, para asegurarse de que les caiga la sanción más abrumadora de su carrera. Roger y Wendy realizan su trabajo como si fuesen inmunes a las quejas, los exabruptos y los vituperios. Hace frío y tienen prisa por volver a la calefacción del interior del coche y a la rutina del patrullaje. Esperan, pacientes, a que el hombre vuelva a su casa para coger las llaves del Volvo y baje de nuevo, más contenido y civilizado, y le escoltan hasta la comisaría (ahora denominada ABP, Área Básica Policial), donde pondrá la denuncia y donde la grúa del taller deberá ir a recoger el auto estropeado.

Se despiden tocándose la gorra con la punta de los dedos y el hombre damnificado gruñe alguna incoherencia mientras rehúye sus miradas, como si se sintiera un poco culpable. Probablemente, perderá el papel donde ha anotado los números de los agentes y no elevará ninguna queja demoledora.

A las 23:56, Wendy y Roger vuelven a recorrer las calles en busca de problemas.

Roger comenta que no puede soportar a esa clase de gente que trata mal a los policías con la excusa de que les pagan con sus impuestos. Supone que también deben de tratar fatal al camarero que les sirve el desayuno cada mañana, o al conductor de autobús que les conduce de un lado a otro. Wendy le hace notar que la policía y el ciudadano suelen encontrarse en circunstancias extremas, violentas y desagradables, de mucho estrés, y eso influye mucho en el comportamiento de las personas. Roger afirma que no puede soportar a la gente que, cuando se ve sometida a estrés, descarga su contrariedad de manera indiscriminada contra el primero que encuentra.